

## El año de los misiles

En diciembre de 1979, según acredita el comunicado correspondiente, los ministros de Asuntos Exteriores y Defensa de los países miembros de la OTAN, reunidos en sesión especial —con la ausencia de Francia—, decidieron que «la mejor manera de servir los intereses globales de la Alianza consistiría en proseguir las aproximaciones, paralelas y complementarias de la modernización de las fuerzas nucleares de teatro<sup>1</sup> y de la limitación de armamentos». La decisión, bautizada posteriormente como la del *double track* o «doble camino» —modernización y negociación—, se había visto precedida de un largo y agónico debate en el seno de la Alianza, y venía acompañada de otras varias: una oferta norteamericana de negociar con los soviéticos una limitación igual y verificable de los sistemas nucleares de teatro de largo alcance; un plan para el despliegue entre finales de

<sup>1</sup> A efectos terminológicos, e independientemente de otras precisiones técnicas que aquí no tienen lugar, señalo que las expresiones «fuerzas nucleares de teatro» calificadas de «medio» o de «largo alcance» son utilizadas en este artículo de manera equivalente, siempre referidas a los «SS-20», «Pershing II» y «Cruise». En el mismo sentido utilizo la expresión «nuclear táctico» y sus variantes.

1983 y 1988, en el caso de que las negociaciones no ofrecieran frutos satisfactorios, de 572 sistemas nucleares de los referidos en varios países europeos miembros de la Alianza; una retirada de mil cabezas nucleares norteamericanas de Europa en el curso de 1980, manteniendo las restantes —unas seis mil— sin ningún aumento...

Con anterioridad a la decisión de la OTAN, la URSS había manifestado claramente sus opiniones al respecto. Breznev, en octubre de 1979, decía en Berlín: «[...] La ejecución de los planes de la OTAN agravaría ciertamente la situación en Europa y envenenaría profundamente la atmósfera internacional en su conjunto [...]. La URSS no busca la superioridad militar [...]; estamos dispuestos a reducir el número de vectores nucleares de alcance intermedio estacionados en la parte occidental de la Unión Soviética, sólo bajo condiciones de que ningún vector nuclear suplementario de alcance intermedio sea estacionado en la Europa Occidental.» Poco después de que fuera adoptada la decisión del «doble camino» por parte de la Alianza, los Estados Unidos propusieron a la URSS el comienzo de negociaciones sobre la limitación de los sistemas nucleares de teatro de largo alcance. La (respuesta

soviética se produce el 3 de enero de 1980, señalando que para comenzar dichas negociaciones la OTAN debería primero anular la decisión tomada en diciembre de 1979. A finales de junio de 1980, y tras una visita suya a Moscú, el canciller Schmidt anuncia que «la URSS estaba dispuesta a entablar con los Estados Unidos conversaciones bilaterales sobre la limitación de las armas nucleares de alcance intermedio [...]». Las negociaciones habrían de comenzar en Ginebra el 30 de noviembre de 1981. Con su habitual perspicacia, el canciller Schmidt, en diciembre de 1979, antes de que la OTAN formalizara su decisión, la explicaba y apoyaba diciendo: «[...] Sin las dos partes de la decisión [...], las negociaciones no tendrían éxito, pues los Estados Unidos se presentarían en ellas con las manos vacías y no podrían ofrecer nada a cambio para pedir a la URSS que renuncie a algo que posee desde hace tiempo, y no bajo la forma de una decisión, sino en la forma de armas realmente operacionales.»

Esas armas «operacionales» a las que el canciller federal se refería eran fundamentalmente los misiles «SS-20», desplegados a partir de 1977, con una capacidad de transporte de 450 cabezas nucleares en 1979 y que, como consecuencia de posteriores despliegues, hoy tienen justamente el doble de esa capacidad. Las características de los «SS-20» justificarían, y siguen justificando, las aprensiones occidentales. En primer lugar, cada uno de ellos va dotado de tres cabezas nucleares —sus predecesores, los «SS-4» y «SS-5», en trance de sustitución por los «SS-20», sólo contaban con una—. Su alcance es notablemente mayor: unos 5 000 Km, frente a los 4 000 de los «SS-5» y los 1900 de los «SS-4»; muestran, con respecto a sus predecesores, coeficientes notablemente mejorados por lo que se refiere a la *survivability* y *reliabil-*

*ity*<sup>2</sup>. No tienen un emplazamiento fijo y gozan de una gran movilidad para elegir el sitio del eventual lanzamiento. Y, sobre todo, constituyen una categoría de armas cuya equivalencia no existe en el campo occidental.

El tema de la equivalencia en los armamentos nucleares es siempre comienzo y final en cualquier polémica o negociación sobre tales armamentos. Muchos son los que rechazan tales sutilezas argumentando —no sin razón— que pertenecen a una dialéctica del horror. Otros, que normalmente acaban abogando por el desarme unilateral y que fundamentan sus razonamientos en el mismo horror, advierten sobre la futilidad de unas discusiones cuando parece evidente que el número y la calidad de los ingenios ya existentes podría bastar para borrar la vida de una buena parte de la faz de la Tierra. Me parece, sin embargo, que la discusión es inevitable. Y la comprensión de sus términos, necesaria. Lejos tanto del optimismo iluso que consistiría en pensar que las armas atómicas han sido fabricadas para no ser utilizadas —porque no es ésa la experiencia histórica, ni tampoco la voluntad político-militar de los que las almacenan y despliegan— como del voluntarismo pacifista a ultranza, construido trabajosamente en contra de la misma esencia de las realidades que hoy, quizá desgraciadamente, gobiernan las relaciones entre los Estados.

La teoría de la utilización de las armas atómicas, que alcanza en los momentos actuales complejidades talmúdicas, ha sufrido progresivos refinamientos, inducidos por los factores

<sup>2</sup> La jerga nuclear es casi exclusivamente anglófona y es a veces preferible mantenerla en el original. *Survivability*, en este caso, equivale tanto a la capacidad de integridad del misil antes del lanzamiento como para llegar a su objetivo. *Reliability*: grado de seguridad técnica que el misil ofrece para cumplir su misión.

cambiantes en la vida de relación internacional y por los perfeccionamientos técnicos y científicos de dichas armas. De la «represalia masiva» —utilización de todos los medios atómicos de destrucción en respuesta a un ataque, fueran cuales fuesen los objetivos o el alcance de éste— se llegó a la «respuesta flexible» —gradación en los medios utilizados para responder de manera conmensurada a los perfiles de la agresión—. Ello, a su vez, ha introducido otras modificaciones en las categorías de armas a utilizar. Las «estratégicas», de alcance intercontinental, gigantesco poder destructivo e indiscriminadas en sus efectos—son las armas «contra ciudades»—, constituyen ahora la *ultima ratio* del enfrentamiento, el recurso al holocausto, la inmolación final. Las «tácticas», de alcance más limitado, de utilización primordialmente militar —son las armas «contra fuerzas»— e inferior poder destructivo, serían utilizadas en enfrentamientos en el campo de batalla y tendrían como misión evitar el paso irreversible hacia la catástrofe de lo estratégico.

La racionalización de lo nuclear se acompaña de un primer recurso a las armas exclusivamente convencionales. En la doctrina de la Alianza Atlántica, constitucionalmente defensiva, ese primer recurso se produciría sólo en caso de agresión exterior. El traspaso del umbral convencional-nuclear se produciría sólo cuando las tropas occidentales se hubieran visto rebasadas en sus capacidades no atómicas. En los momentos actuales, la superioridad convencional del Pacto de Varsovia está suficientemente demostrada, aun teniendo en cuenta el carácter discutible de algunos cómputos, que se refieren más a la tecnología que a los números. Cuando Moscú reiteradamente propone la adopción de un acuerdo que prohíba «el primer uso» del arma atómica, la Alianza responde que, dada su inferior-

idad convencional, la adopción \*de tal acuerdo la privaría del efecto disuasorio que tiene su panoplia nuclear, e incluso yendo un poco más allá, que tal compromiso equivaldría a una invitación para el ataque.

Muchas son hoy las voces que se elevan dentro de la OTAN —entre ellas la del general Rogers, comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa— en favor de una sustancial modernización del componente convencional de los ejércitos occidentales. Tal modernización, de llevarse a cabo, permitiría alejar el recurso a lo nuclear en caso de conflicto armado. La relativa paradoja de tal propuesta es que su puesta en práctica resultaría notablemente más costosa que el mantenimiento y la modernización del brazo disuasorio nuclear.

Para acabar de componer sucintamente el cuadro, es conveniente precisar que todas las racionalizaciones hasta aquí expuestas corresponden a doctrinas de origen occidental. Nadie puede afirmar que las doctrinas nucleares soviéticas correspondan al mismo esquema. Por el contrario, textos militares soviéticos de indiscutida autoridad parten de premisas divergentes: siendo posible la guerra, todos los medios empleados para ganarla deben ser efectivamente puestos en práctica<sup>3</sup>. La primera vez que, en mi recuerdo, el Pacto de Varsovia introduce una significativa variación en tal diseño proviene del comunicado de la reunión del Pacto celebrada en Praga en diciembre de 1982: se dice allí que nadie puede pretender una victoria en una confrontación

<sup>3</sup> «Si la guerra estalla, hay que conducirla de manera decisiva hasta que la victoria total haya sido obtenida sobre los imperialistas [...]; la defensiva estratégica o una estrategia defensiva deben ser completamente rechazadas. Sería muy peligroso para nuestro país.» V. D. Sokolovski, mariscal de la URSS, en *Soviet Military Strategy*, Grane Russack and Co., págs. 283, 288 y 289, 1971.

tacióu nuclear, de la que todos resultarían vencidos.

Todos estos datos configuran una comprensión de la equivalencia, cubriendo tanto modelos de agresión y respuesta como tipos de armas utilizadas: lo convencional contra lo convencional; lo nuclear táctico contra lo nuclear táctico; lo nuclear estratégico contra lo nuclear estratégico. El efecto de la disuasión —concepto y doctrina <de carácter ciertamente inestable, en la que se basan las relaciones relativamente pacíficas que el mundo ha conocido desde 1945 hasta nuestros días— funciona de mayor a menor: las amenazas de utilización de lo estratégico cubren a lo táctico, como a su vez las amenazas de recurso a las armas nucleares tácticas previenen contra el desencadenamiento de una agresión por medios convencionales. Digo relaciones relativamente pacíficas porque el esquema no ha impedido la proliferación de conflictos localizados en lo regional. No sé si será una pobre consolación certificar que la misma localización de tales conflictos —en su alcance geográfico y en el carácter convencional de los mismos— ha sido consecuencia directa de la disuasión, o de la amenaza, nuclear.

Para que la disuasión surta efectos —y ésta es la lección de los últimos decenios— debe resultar creíble y, al mismo tiempo, basarse sobre una determinada concepción de la paridad. No resultaría creíble la disuasión si existiera la convicción de que alguno de los potencialmente contendientes no estaría dispuesto en realidad a recurrir a lo nuclear en caso de necesidad. Y sin paridad la disuasión no tendría sentido: la supremacía incita a la amenaza, cuando no directamente al ataque. Desde el momento en que la realidad, o la percepción, de la paridad en capacidades nucleares desaparece, el agresor potencial deja de estar poseído por el miedo a que la respuesta le suponga

costes excesivos e imposibles de afrontar. Me parece necesario subrayar dos datos adicionales. Primero: la disuasión comporta necesariamente un grado elevado de *brinkmanship* —que yo traduciría por «gestión al borde del abismo»— y, consiguientemente, de riesgo en una partida donde los límites para el error son muy estrechos. Segundo: hasta ahora, la disuasión ha tenido sobre todo efectos políticos. La guerra nuclear no ha tenido lugar. El mismo cataclismo de la posible confrontación ha convertido a la disuasión y sus elaboradas reglas en delicada piedra de bóveda de una determinada concepción del equilibrio. Equilibrio que, repito, se ha jugado más en el tablero político que en el puramente militar. Precisamente lo que ocurre con el despliegue de los «SS-20» soviéticos debe ser integrado en esa perspectiva.

Anteriormente me detuve en la breve descripción de las características del arma. Añado algunas precisiones, sobre todo por lo que se refiere al alcance geográfico de su amenaza: un «SS-20» que fuera lanzado desde el este de los Urales podría alcanzar en su trayectoria cualquier punto del territorio europeo, con la única excepción de los extremos más meridionales de la Península Ibérica. Sin embargo, ese mismo «SS-20» no estaría en situación de alcanzar ningún punto del territorio de los Estados Unidos. Los sistemas de modernización que la OTAN desplegaría en caso de fracasar las negociaciones de Ginebra —los «Pershing II» y los misiles «Cruise»— tienen alcances más limitados: 1 800 Km en el primer caso —desde la RFA no llegarían a Moscú— y 2 500 Km en el segundo —todavía el oeste de los Urales.

Lo que interesa, entre toda esa maraña de precisiones, es analizar las consecuencias del despliegue soviético de misiles de largo alcance en la percepción global de la disuasión. Los sis-

temas estratégicos de la URSS y los Estados Unidos se encuentran en situación de práctica paridad. La conciencia de la mutua capacidad de destrucción establece el equilibrio a esos niveles. En Europa, y ante el progresivo deterioro de la relación de fuerzas en el terreno convencional en contra de los aliados occidentales, el componente básico de la disuasión ha sido y sigue siendo el nuclear. Los Estados Unidos participan en la defensa europea tanto a través de sus propios sistemas nucleares como a través de la presencia en el continente de 300 000 soldados de sus ejércitos. Las tropas norteamericanas son los «rehenes» de la voluntad de Washington de participar en la defensa europea en caso de conflicto. En efecto, resultaría impensable que los norteamericanos se inhibieran desde el otro lado del Atlántico en una contienda en la que se vieran atacadas sus propias tropas. Como también resultaría impensable que ante un conflicto convencional o nuclear táctico en Europa los Estados Unidos respondieran utilizando de manera inmediata sus sistemas estratégicos directamente contra la Unión Soviética.

Los «SS-20», por sus características y alcance, no están dirigidos contra los Estados Unidos: amenazan, por el oeste, a Europa, y por el este, a China y Japón. Y en este caso, y dejando de lado el caso del Extremo Oriente, nos encontramos con un claro «agujero» en la mecánica disuasiva: paridad estratégica y desigualdad convencional que no puede apoyarse en una compensación equilibrada a través de lo nuclear táctico. Los misiles soviéticos no tienen hoy parangón en el campo occidental; con su existencia unilateral, las equivalencias en el terreno táctico nuclear han quedado rotas; la disuasión suficiente contra un ataque convencional, profundamente alterada, e introducidos elementos de incertidumbre en la rela-

ción entre los Estados Unidos y sus aliados europeos.

Cuando la OTAN anunció su voluntad de proceder a los despliegues de los «Pershing II» y «Cruise», algunos denunciaron la intención norteamericana de realizar planes operativos sobre el supuesto de una guerra nuclear en Europa que dejara a salvo el continente americano. Las especulaciones que se pueden hacer al respecto son varias, apoyadas incluso en propósitos torpes o poco claros de altos responsables del Gobierno de los Estados Unidos. Tal escuela de pensamiento aconsejaría el mantenimiento de los misiles soviéticos sin desplegar los occidentales, pensando que en caso de conflagración ya se respondería adecuadamente —estratégicamente— desde la otra orilla del Atlántico. Esas actitudes revelan fisuras graves. En primer lugar, por el mismo mecanismo de la disuasión antes referido: es en principio impensable un salto automático de lo convencional o de lo táctico a lo estratégico. En segundo lugar, porque nadie, político o militar, sabría definir con precisión cómo se limita un enfrentamiento nuclear. En tercer lugar, porque en vez de conducir a la guerra nuclear limitada en Europa, sí puede, por el contrario, llevar a la retirada de las tropas norteamericanas de nuestro continente: esas «tropas-rehenes», que participan en un esfuerzo conjunto de defensa aliada, quedarían desguarnecidas, junto con las demás europeas, ante la eventualidad de un ataque convencional o combinado con lo nuclear.

Todavía en fecha reciente, el embajador norteamericano ante la OTAN, siguiendo obviamente instrucciones de su Gobierno, y desde luego reflejando el neoaislacionismo que hoy aparece en muchos sectores de la sociedad norteamericana, anunciaba la posibilidad de esa retirada en el caso de que no se procediera al despliegue de los misiles

occidentales —naturalmente, de no haber existido acuerdo, en las conversaciones en Ginebra—. La retirada tras-trocara de manera drástica los supuestos sobre los que Europa ha basado su equilibrio desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El tan temido *decou-pling* —o «desenganche»— de los norteamericanos con respecto a sus aliados en el viejo continente encontraría su última y definitiva expresión: Europa quedaría sin capacidad real de defensa en lo militar y con una voluntad política dramáticamente disminuida. Sería el mejor y más desgraciado ejemplo de cómo las armas nucleares sirven ante todo de vehículo para fines políticos.

En cualquier otro momento la acumulación de procesos decisorios implicados en la polémica de los misiles habría cargado pesadamente el orden del día nacional e internacional. En este momento —Europa, 1983—, las circunstancias complican el panorama con datos propios. El continente sufre una de las mayores crisis económicas de los tiempos modernos —que muchos comparan con la experimentada en los años veinte y treinta—. Hijos legítimos' de la crisis son la inseguridad y el temor. No existe ningún gobierno occidental, incluido el norteamericano, que no sienta las presiones políticas y psicológicas de esa situación. Parlamentos y opiniones públicas más o menos organizadas hacen diariamente sentir sus aprensiones y sus angustias. Los presupuestos defensivos sufren recortes drásticos. Proliferan los movimientos pacifistas, incluso en sus formas más extremas. La URSS, por su parte, explota los sentimientos, promete paz, evoca los peligros de la guerra, anuncia fintas negociadoras, ofrece paraísos de indeterminados perfiles si los misiles occidentales no son desplegados. Cualquier cosa que no sea aceptar la destrucción de los suyos propios —bajo la fórmula de la opción «cero-cero»— o

permitir que se desplieguen todos o algunos de los ajenos.

Desde esa óptica, las negociaciones de Ginebra cobran una relevancia capital. Los soviéticos ya han adelantado su disposición a reducir el número de sus misiles al equivalente de los poseídos por Francia y Gran Bretaña —unos 162—. Franceses y británicos responden que sus sistemas nucleares no están incluidos en la negociación —en cuya mesa sólo participan norteamericanos y soviéticos— y que, en cualquier caso, esos sistemas, en su relativa modestia, responden a voluntades exclusivamente nacionales que no contemplan distinciones entre lo estratégico y lo táctico. Los occidentales, aunque sólo fuera por necesidades negociadoras, siguen aferrados a la buena comprensión del «cero-cero»: los soviéticos destruyen lo que poseen mientras la OTAN se abstiene de desplegar. Reagan anuncia su disposición a un desmantelamiento pactado y total de todos los arsenales nucleares. Los soviéticos califican la oferta de propagandística.

No es aventurado predecir que todo 1983 estará plagado de ofertas y contraofertas, en la mesa de negociaciones y dirigidas a las opiniones públicas. Tampoco es aventurado imaginar que la URSS reserve sus últimas bazas para finales de año, cuando se avvicine el cumplimiento del plazo para el despliegue que la misma OTAN se marcó y el margen de maniobra sea, consecuentemente, más estrecho: un cuidadoso cultivo de las sensibilidades y los miedos que hoy aquejan a los europeos pueden conducir a una situación en la que o bien no se ratifique la decisión de desplegar o bien su materialidad resulte difícil.

De Ginebra, en condiciones normales, debería surgir un acuerdo que permitiera reducir el número actual de misiles soviéticos y, al tiempo, autorizar el despliegue de un número equi-

valen te de misiles occidentales. Un escenario en el que, sin acuerdo en Ginebra, no hubiera despliegue occidental, o incluso en que se subordinara éste a la misma continuación de las negociaciones, tendría consecuencias incalculables para la solidez de la Alianza Atlántica. No sería sólo la espectacular «pérdida de cara». Sería, sobre todo, el primer apunte de una posibilidad hegemónica soviética sobre la Europa Occidental. Tendría efectos profundos en las siempre complejas relaciones entre los Estados Unidos y sus aliados europeos. Y posiblemente significaría un replanteamiento imprevisible en la misma esencia del sistema de seguridad que desde 1945 ha pervivido hasta nuestros días.

En 1983, el año de los misiles, se compendian muchas de las cosas aquí apuntadas y otras tantas sólo intuidas: una determinada concepción de la ética en las relaciones internacionales; una visión relativizada de la paz; las necesidades de convivencia entre mundos

ideológicamente enfrentados; el precio de la libertad; el coste de su defensa. Esos y otros muchos temas necesitan, precisamente en 1983, de un esfuerzo complejo y determinado que sólo será fructífero si sabe integrar armónicamente las diversas y a veces contrapuestas urgencias. Porque, como escribe Stanley Hoffmann<sup>4</sup>: «[...] la prosecución de cualquier valor, ya sea la paz o la justicia distributiva, a costa de los demás valores, de la libertad, o de las exigencias de la competición (el equilibrio militar, por ejemplo) conducen a la catástrofe. La falsa coherencia que resulta de una tentativa desequilibrada para promover al máximo un solo valor a costa de todos los demás está tan llamada al fracaso como la tentativa de perseguir todos los valores a la vez sin la menor estrategia.»

J. R.\*

<sup>4</sup> ^n *Une morale pour les moustres froids*, Éditions du Seuil, pág. 209, 1981.

\* Diplomático. Ex embajador de España en la Conferencia de Seguridad Europea y en la OTAN.